

el milagro más grande



hablemos de milagros



con la Sierva de Dios Luisa Piccarreta,
"la pequeña Hija de la Divina Voluntad"

¿Cuál será el milagro más grande?

Para nosotros, tal vez, salvarse de un grave peligro, devolver la vista a un ciego, resucitar un muerto...

¿Y para Dios?

Todo lo que El hace no es extraordinario ni difícil para El, lo es solamente para nosotros...

El más grande milagro tendrá que ser algo extraordinario para El, algo que sea muy difícil y costoso para El. Eso quiere decir, hacer algo que no sólo dependa de El, sino al mismo tiempo también de una criatura libre. *Poner de acuerdo su Voluntad y la nuestra...* Obtener un verdadero acto de fe o bien una conversión: ¡eso sí que es un gran milagro!

Pero no basta: los que para nosotros son milagros se limitan siempre a una o a pocas personas y ocurren en un determinado momento, y después basta, queda el recuerdo... Para que sea el milagro más grande, debe tener también un alcance universal y una duración eterna. Por eso, el milagro más grande ha sido la colaboración de María, que ha obtenido la Encarnación del Verbo y nuestra salvación.

Sin embargo, pensándolo bien, aunque eso sea el mayor milagro posible, no es el que más le cuesta a Dios, no es el más difícil para Dios, porque María siempre ha sido dócil.

Pero lograrlo con nosotros... nacidos en el pecado, con todos nuestros defectos y terquedad, con toda nuestra concupiscencia desordenada, con toda nuestra voluntad inclinada a hacer siempre lo que le da la gana..., si Dios lo consigue, ¡eso sí que es el más grande milagro, el máximo triunfo de Dios! Es lo máximo para Dios: ¡y ni siquiera es ya que El pueda vivir en la criatura, sino que la criatura pueda hacer con Dios lo que hace Dios!

Jesús ha dicho: "*Si no veis signos y prodigios, vosotros no creéis*" (Jn. 4,48).

Sí, la Iglesia los espera. Sí, Dios los quiere. Sí, la causa de beatificación de Luisa los necesita. Sí, para que Dios manifieste su Gloria y sus discípulos crean en El (Jn. 2,11). Sí, la fe los obtiene. Y el amor los hace. Por intercesión de Luisa. Amén.

Jesús ha dicho: "*Si no veis signos y prodigios, vosotros no creéis*" (Jn. 4,48). Pienso que sea una queja y también una constatación.

Es una queja, porque apoyar nuestro acto de *apertura a Dios*, o sea, de fe, en el testimonio de nuestros sentidos más bien que en la Palabra de Dios, que es *digno* de fe, es un modo injusto de tratarlo y también una grave pobreza y miseria nuestra.

Es una constatación del Señor, como diciendo: “*Qué pena, el hombre ahora es así...*”

Por eso El consiente en darnos *signos* y *prodigios*, para sostener misericordiosamente la flaqueza de nuestra fe. Pero luego, muchas veces, cuando nos da *signos* extraordinarios, no los aceptamos; hacemos violencia a la evidencia, para que sean cosas a medida de nuestra razón y así podamos seguir discutiéndolas.

El mundo está dispuesto a aceptar a Dios, con tal de que Dios sea *una idea* que se pueda discutir libremente...

“*Los Judíos piden milagros, los Griegos quieren sabiduría...*” (1ª Cor. 1,22). Todos estamos bien dispuestos a ver *milagros*. Pero no tanto a ver *signos*: a muchos no les interesa *el significado*, por temor a que les ponga tal vez en crisis. Si alguien señala la luna con el dedo, el tonto del pueblo mira sólo el dedo, pero no mira la luna...

“*Si no veis signos y prodigios, vosotros no creéis*” (Jn. 4,48). A nosotros nos gusta ver cosas espectaculares, maravillosas; y si fuera posible, quisiéramos tener “el poder” de hacer esas cosas **según nuestro capricho...** ¡Tener “poderes”! “*Ser como Dios*”... ¡pero sin Dios!

En el hombre hay una tendencia a lo extraordinario, casi como una *evasión* de la realidad de la vida: es **querer** algo distinto de lo que Dios ha establecido para nosotros, de lo que El **quiere**.

Por eso existe entre los hombres una tendencia a la *magia*, al mundo *mágico*... Sin que se imaginen que EL MILAGRO MÁS GRANDE es que una criatura libre, como es el hombre, haga la Voluntad de Dios, nada menos. ¡Y no sólo haga lo que Dios *quiere*, sino que en sí mismo le dé vida a esa Voluntad *que es la Vida misma* de Dios! Es decir, que no sólo obedezca haciendo lo que Dios quiere, sino que **viva en la Divina Voluntad, como Dios vive**. “*así en la tierra como en el Cielo*”. “*Para que como es El, así seamos nosotros, EN ESTE MUNDO*” (1ª Jn. 4,17). Por eso ha de venir su Reino, todavía ha de ser una realidad en la tierra. Como lo es en el Cielo.

Leemos en el Diario de la “Sierva de Dios” Luisa Piccarreta, “*la pequeña Hija de la Divina Voluntad*” algo de lo que el Señor le dijo acerca de los milagros y del “gran Milagro” de hacernos vivir en su adorable Voluntad, como vida nuestra, como en nuestra gran Herencia.

El 15 de marzo de 1912, Luisa escribe estas palabras de Jesús:

“Hija mía, mi Voluntad es la Santidad de la santidad. De modo que el alma que hace mi Voluntad según la perfección que Yo te enseñé, así en la tierra como en el Cielo, por más que fuera pequeña, ignorante, ignorada, deja atrás incluso a los otros Santos, a pesar de sus prodigios, de las conversiones más estrepitosas, de los milagros; es más, comparando las almas que hacen mi Voluntad [como es en mi tercer «FIAT»], son reinas y todas las otras como si estuvieran a su servicio. El alma que hace mi Voluntad parece que no hace nada, mientras que hace todo, porque estando en mi Voluntad esas almas actúan de modo divino, ocultamente y en forma sorprendente. Así que son luz que ilumina, son viento que purifica, son fuego que quema, son milagros que hacen hacer milagros... Los que los hacen son los canales; en estas almas reside la potencia. De manera que son el pie del misionero, la lengua del predicador, la fuerza de los débiles, la paciencia de los enfermos, el régimen y la obediencia de los súbditos, la tolerancia de los calumniados, la firmeza en los peligros, el heroísmo de los héroes, el valor de los mártires, la santidad de los santos, y así de todo lo demás, pues estando en mi Voluntad toman parte en todo el bien que puede haber en el Cielo y en la tierra.

Por eso, bien puedo decir que son mis verdaderas hostias, pero hostias vivas, no muertas, porque los accidentes que forman la hostia no tienen vida ni influyen en mi Vida; pero el alma que está en mi Divina Voluntad está llena de vida y, haciendo mi Voluntad, influye y toma parte en todo lo que hago Yo. Por eso me son más queridas

estas hostias consagradas por mi Voluntad que las mismas hostias sacramentales, y si tengo un motivo para estar en las hostias sacramentales es para formar las hostias sacramentales de mi Voluntad.

Hija mía, tanto es el gusto que siento de mi Voluntad, que con sólo oír hablar de ella me lleno de alegría y llamo a todo el Cielo a a que haga fiesta. Imagínate tú misma lo que será de esas almas que la hacen; encuentro en ellas todo mi contento y les doy todos los contentos a ellas. Su vida es la vida de los Bienaventurados. Sólo dos cosas les interesan, desean y suspiran: mi Voluntad y el Amor. Poco más tienen que hacer, mientras hacen todo. Las mismas virtudes quedan absorbidas en mi Voluntad y en el Amor, de forma que ya no tienen que ver con ellas, porque mi Voluntad contiene, posee, absorbe todo, pero de un modo divino, inmenso e interminable. Esta es la vida de los Bienaventurados”.

En el capítulo del 12 de noviembre de 1921, leemos:

“Hija mía, la santidad en mi Querer aún no se conoce; por eso se asombran tanto, porque cuando una cosa se conoce el asombro cesa.

Todas las especies de santidad tienen como símbolo alguna cosa, de las que está llena la Creación: hay santidades representadas por montes, otras por árboles, otras son como plantas, como florecillas, como estrellas, y tantas otras semejanzas. Todas esas santidades tienen su propio bien limitado e individual, tienen su principio y su fin, no pueden abrazar todo y hacer bien a todos, como no puede hacerlo un árbol o una flor.

Pues bien, la santidad en mi Querer está simbolizada por el sol: ha estado y estará siempre, y aunque tuvo principio en iluminar el mundo, siendo luz que tuvo origen de mi Luz eterna, se puede decir que no tiene principio. El sol les hace bien a todos, se extiende a todos con su luz, no tiene preferencias con nadie; con su majestad y su dominio impera sobre todo y da vida a todo, hasta la más pequeña florecilla, pero silencioso, sin ruido y casi inobservado. Oh, si la planta hiciera una pequeña cosa, una sombra de lo que hace el sol, que diera calor a otra planta, se gritaría diciendo que es un milagro, y todos querrían verla, se hablaría de ello con estupor. Pero del sol, que da vida y calor a todo y es el milagro continuo, nadie habla, nadie se asombra, y eso ocurre porque el hombre está siempre mirando lo bajo y las cosas terrenas, nunca hacia lo alto y las cosas celestiales.¹

Así pues, la santidad en mi Querer, representada por el sol, saldrá del centro de mi Santidad, será un rayo que brota de mi Santidad, que no tiene principio. De manera que esas almas existían en mi Santidad, existen y existirán; estaban conmigo en el bien que hacía; nunca se han salido del rayo con que las había sacado a la luz. No separándose nunca de mi Querer, Yo me divertía con ellas y me sigo divirtiendo. Mi unión con ellas es permanente. Las veo que se mantienen por encima de todo; los apoyos humanos para ellas no existen, como el sol no se apoya en nada, pues vive en lo alto como aislado, pero con su luz encierra todo en él. Así son esas almas: viven como el sol en lo alto, pero su luz desciende a lo más bajo y se extiende a todos. Yo me sentiría como si las defraudara, si no les hiciera participar y no les hiciera que hagan lo que hago Yo, de manera que no hay bien que no venga de ellas.

En esta santidad Yo veo mis sombras, mis imágenes, que sobrevuelan sobre toda la tierra, en el aire y en el cielo, y por eso amo y amaré el mundo, porque espero que mi Santidad tenga su eco en la tierra y que mis rayos salgan afuera, a la luz, dándome gloria completa, devolviéndome el amor, el honor que los demás no me han dado. Pero, como el sol, serán las menos observadas, sin ruido alguno; y si alguien querrá examinarlas, tanto será mi celo, que correrán peligro de quedar cegados y se verán obligados a bajar la mirada para recuperar la vista. ¿Ves lo bella que es la santidad en mi Querer? Es la santidad que más se acerca a tu Creador; por eso tendrá la supremacía sobre todas las demás santidades, las contendrá a todas juntas y será vida de todas las otras santidades.

¹ - “Si he hablado de cosas de la tierra y no creéis, ¿cómo creeríais si os hablase de cosas del Cielo?” (Jn. 3,12).

¡Qué gracia es para tí el conocerla! ¡Ser la primera, como rayo del sol, en brotar del centro de mi Santidad, sin separarse jamás! Gracia más grande no podría darte, milagro más prodigioso no podría realizar en tí. Pon atención, hija mía, rayo mío, porque cada vez que entras en mi Querer y obras, sucede como cuando el sol se refleja en los cristales, que otros tantos soles se forman en ellos, y tantas otras veces repites mi Vida, la multiplicas y das nueva vida a mi Amor”.

Después de eso, pensaba: “*En esta santa Voluntad no se ven milagros, cosas prodigiosas, de las que criaturas son tan ávidas que recorrerían medio mundo para ver alguno; aquí todo pasa entre Dios y el alma, y si las criaturas reciben, no saben de dónde les viene el bien... De veras que son como el sol, que mientras da vida a todo, nadie se fija en él*”.

Y mientras pensaba eso, ha vuelto Jesús y ha añadido, pero con aspecto imponente: “**¿Qué milagros, qué milagros? ¿Acaso el más grande milagro no es hacer mi Voluntad? Mi Voluntad es eterna y es milagro eterno; nunca termina. Es milagro de cada instante que la voluntad humana tenga una continua conexión con la Voluntad Divina. Resucitar los muertos, dar la vista a los ciegos y demás, no son cosas eternas, son cosas que terminan; por eso se puede decir que son sombras de milagros, milagros fugitivos, en comparación con el milagro grande y permanente de vivir en mi Voluntad. Tú no hagas caso a esos milagros; Yo sé cuándo conviene hacerlos y se necesitan**”.

Y el 22 de octubre de 1926, Luisa escribe:

Estaba pensando al santo Querer Divino y me decía: “*¿Pero cuál será el gran bien de este reino del «FIAT» Supremo?*”

Y Jesús, como interrumpiendo mi pensamiento y como de prisa, se ha movido en mi interior diciendome: “**¡Hija mía, cuál será el gran bien! Cuál será el gran bien! El reino de mi «FIAT» contendrá todos los bienes, todos los milagros, los portentos más estrepitosos, y no sólo, sino que los superará a todos juntos; y si milagro significa dar la vista a un ciego, enderezar a un cojo, sanar a un enfermo, resucitar un muerto, etc., el reino de mi Voluntad tendrá el alimento que preserva y nadie que entre en él correrá peligro alguno de poder quedarse ciego, cojo o enfermo; la muerte ya no tendrá poder sobre el alma, y si lo tendrá sobre el cuerpo no será muerte, sino paso; y faltando el alimento de la culpa y la voluntad humana degradada, que produjo la corrupción en los cuerpos, y habiendo el alimento de mi Voluntad que preserva, tampoco los cuerpos estarán sujetos a descomponerse y a corromperse tan horriblemente, que da miedo hasta a los más fuertes, como pasa todavía, sino que quedarán compuestos en sus sepulcros, esperando el día de la resurrección de todos.**

Por tanto, ¿qué crees tú que sea mayor milagro: dar la vista a un pobre ciego, enderezar un cojo, sanar a un enfermo, o más bien tener un medio que preserva para que los ojos nunca pierdan la vista, que haga andar siempre derechos, que haga estar siempre sanos? Creo que sea mayor el milagro que preserva, que el milagro después de haber ocurrido la desgracia.

Esa es la gran diferencia entre el reino de la Redención y el reino del «FIAT» Supremo. En el primero hubo milagros, como los hay todavía, para los pobres desventurados que yacen en una desgracia o en otra, y por eso Yo dí el ejemplo, aun externo, de tantas distintas sanaciones, que eran símbolo de la sanación que Yo daba a las almas, que fácilmente vuelven a sus enfermedades.

El segundo será milagro que preserva, porque mi Voluntad posee la potencia milagrosa, de que todo aquel que se deje dominar por ella no estará sujeto a ningún mal; por tanto ella no tendrá ninguna necesidad de hacer milagros, porque los conservará siempre sanos, santos y bellos, dignos de aquella belleza que salió de nuestras manos creadoras al crear al hombre. El reino del «FIAT» Divino hará el gran milagro de extirpar todos los males, todas las miserias, todos los temores, porque no hará milagros limitados a un tiempo y a una circunstancia, sino que estará sobre los hijos de su reino con un acto de continuo milagro, para preservarlos de cualquier mal y hacer que se distingan como hijos de su reino. Y no sólo en el alma, sino también en el cuerpo habrá muchas modificaciones, porque siempre la culpa es el alimento de todos los males. Quitada la culpa, al mal le faltará el alimento, a mayor razón que

Voluntad mía y pecado no pueden existir juntos; por tanto también la naturaleza humana tendrá sus benéficos efectos.

Ahora bien, hija mía, teniendo que preparar el gran milagro del reino del «FIAT» Supremo, estoy haciendo contigo, como hija primogénita de mi Voluntad, como hice con la Reina Soberana, Madre mía.

Cuando tuve que preparar el reino de la Redención, la atraje tanto a Mí, la tuve tan ocupada en su interior para poder formar con Ella el milagro de la Redención; y hacía tanta falta, teníamos tantas cosas que hacer juntos, que rehacer, que completar, que tuve que ocultar exteriormente cualquier cosa que pudiera decirse milagro, excepto su perfecta virtud. Con ello la dejé más libre para que pudiera recorrer el mar interminable del «FIAT» Eterno, y así pudiera presentarse ante la Divina Majestad para obtener el Reino de la Redención.

¿Qué habría sido más: que la Reina Celestial hubiera dado la vista a los ciegos, la palabra a los mudos y demás, o el milagro de hacer que el Verbo Eterno descendiera a la tierra? Lo primero habrían sido milagros accidentales, pasajeros e individuales; lo segundo es por el contrario milagro permanente y para todos, con tal de que lo quieran. Por eso aquellos habrían sido como nada comparados con este último.

Ella fue el verdadero Sol que, eclipsando todo, eclipsó en Ella misma al Verbo del Padre, germinando de su luz todos los bienes, todos los efectos y milagros que produjo la Redención; pero como el sol, producía los bienes y los milagros sin que se viera o sin que se pudiera indicar que Ella era la causa primaria de todo. De hecho, todo el bien que Yo hice en la tierra lo hice porque la Emperadora del Cielo llegó a tener su imperio en la Divinidad y con su imperio me trajo del Cielo para darme a las criaturas.

Pues bien, así estoy haciendo contigo para preparar el reino del «FIAT» Supremo: te tengo conmigo, te hago recorrer su mar interminable para darte acceso al Padre Celestial, para que Le pidas, Lo vengas, Lo convengas, para obtener el reino de mi «FIAT». Y para realizar y consumir en tí toda la fuerza milagrosa que hace falta para un reino tan santo, te tengo continuamente ocupada en tu interior en el trabajo de mi reino, te hago recorrerlo continuamente para hacer, para rehacer, para completar todo lo que hace falta y que todos deberían hacer para formar el gran milagro de mi reino. Externamente no hago que aparezca en tí nada de milagroso, más que la luz de mi Voluntad.

Algunos podrán decir cómo los muchos portentos que Jesús bendito manifiesta a esta criatura, de este reino del «FIAT» Divino, y los bienes que producirá superarán la Creación y la Redención, y no sólo, sino que será la corona de una y otra; pero, no obstante un bien tan grande, ninguna cosa milagrosa externa se ve en ella, como confirmación del gran bien de ese reino del Eterno «FIAT», mientras que los otros santos, sin el portento de este gran bien, han hecho milagros a cada paso.

Pero si se vuelven a considerar a mi Madre querida, la más santa de todas las criaturas, el gran bien que poseyó y que llevó a las criaturas, no hay quien pueda compararse con Ella: hizo el gran milagro de concebir al Verbo Divino y el prodigio de dar un Dios a cada criatura; y ante este prodigio, jamás visto ni oído, de poder dar el Verbo Eterno a las criaturas, todos los demás milagros juntos son llamitas ante el sol. Por tanto, quien debe hacer lo mayor no hace falta que haga lo menor.

Así, ante el gran milagro del reino de mi Voluntad restablecido entre las criaturas, todos los demás milagros serán llamitas ante el gran Sol de mi Querer. Cada palabra, cada verdad y manifestación sobre él es un milagro que ha salido de mi Voluntad, como preservación de todo mal y para vincular a las criaturas a un bien infinito, a una gloria más grande, a una nueva belleza toda divina. Cada verdad mía sobre mi Eterno Querer contiene la potencia y la virtud prodigiosa, más grande que si resucitara un muerto, o si sanase un leproso, o si un ciego viera, o si un mudo hablara, porque mis palabras sobre la santidad y la potencia de mi «FIAT» resucitarán las almas a su origen, las sanarán de la lepra que ha producido la voluntad humana, les dará la vista para ver los bienes del reino de mi Voluntad, porque hasta ahora eran como ciegas; dará la palabra a tantos mudos, que mientras sabían decir tantas otras cosas, sólo para mi Voluntad eran como mudos que no tenían palabra.

Y luego, el gran milagro de poder dar a cada criatura una Voluntad Divina que contiene todos los bienes, ¿qué es lo que no les dará cuando posea los hijos de su reino? Por eso te tengo tan ocupada en el trabajo de este reino mío, y hay mucho que hacer para preparar el gran milagro, que el reino del «FIAT» sea conocido y poseído.

Por tanto, pon atención en recorrer el mar interminable de mi Voluntad, para que se establezca el orden entre el Creador y la criatura, y así pueda hacer el gran milagro, por medio tuyo, que el hombre regrese a su origen del que salió”.

Después estaba yo pensando en lo que está escrito antes, especialmente que **cada palabra y manifestación sobre la Suprema Voluntad es un milagro que ha salido de ella**, y Jesús, para confirmarme lo que me había dicho, ha añadido:

“Hija mía, ¿qué crees tú que fue milagro más grande cuando Yo vine a la tierra: mi palabra, el Evangelio que Yo anuncié, o el haber dado la vida a los muertos, la vista a los ciegos, el oído a los sordos, etc.? Ah, hija mía, mi palabra, mi Evangelio fue milagro más grande; a mayor motivos que los milagros salieron de mi palabra creadora. Los sacramentos, la misma Creación –milagro permanente– recibieron vida de mi palabra, y mi misma Iglesia tiene como régimen, como base, mi palabra, mi Evangelio. De manera que fue mayor milagro mi palabra, mi Evangelio, que los mismos milagros, los cuales, si tuvieron vida, fue por mi palabra milagrosa.

Por tanto, ten la seguridad de que la palabra de tu Jesús es el más grande milagro. Mi palabra es como viento impetuoso que corre, que resuena en el oído, entra en los corazones, calienta, purifica, ilumina, da vueltas y va de nación en nación, recorre todo el mundo y durante todos los siglos. ¿Quién podrá dar muerte y sepultar una palabra mía? Nadie. Y si alguna vez parece que mi palabra calla y está como escondida, ella nunca pierde la vida; cuando menos lo piensan sale y va por todas partes. Pasarán los siglos, en los que todo, hombres y cosas, serán derribados y desaparecerán; mi palabra nunca pasará, porque contiene la vida, la fuerza milagrosa de Aquel que la ha manifestado.

Por eso confirmo que cada palabra y manifestación que te hago sobre el «FIAT» Eterno es el milagro más grande, que servirá para el reino de mi Voluntad. Esa es la razón por que tanto te empujo y tanto me interesa, que ni siquiera una palabra mía no sea manifestada y escrita por tí, porque veo que vuelve a Mí un milagro mío que tanto bien hará a los hijos del reino del «FIAT» Supremo”.

* * *

P. Pablo Martín
2 de febrero de 2007